

El 18 de octubre de 2003, el entonces presidente de los Estados Unidos George W. Bush realizó una corta pero intensa visita a las islas Filipinas. Durante su altamente custodiada visita, pues el Servicio Secreto no le dejó pernoctar en Manila aduciendo razones de seguridad, Bush se reunió con la presidenta Gloria Macapagal Arroyo y pronunció un breve discurso ante una sesión conjunta del Congreso filipino. La visita de Bush a las Filipinas era la primera parada de una gira a siete naciones asiáticas y una muestra clara del apoyo norteamericano a las aspiraciones electorales de la presidenta Macapagal Arroyo, una aliada incondicional de los Estados Unidos.

El discurso de veinte minutos de Bush ante el Congreso filipino constituye un gran ejemplo de la amnesia imperialista norteamericana. Ese día, el presidente dijo a los legisladores filipinos: «Los Estados Unidos están orgullosos del papel que han jugado en la gran historia del pueblo filipino. Juntos nuestros soldados liberaron a las Filipinas del control colonial. Juntos rescatamos las islas de la invasión y ocupación [japonesa]». ¹ Más de cien años después de la llegada de los primeros soldados norteamericanos al archipiélago filipino, un presidente de los Estados Unidos reinventa las relaciones filipino-norteamericanas borrando su pasado colonial. En su mensaje, Bush no hace mención de la guerra filipino-norteamericana, de la represión y la tortura de los nacionalistas filipinos (el infame *water cure*), ² de la quema de iglesias católicas, de la profanación de cementerios, de la deportación de líderes nacionalistas o de los miles de filipinos que murieron

1 Remarks by President Bush to the Philippines Congress, Philippine Congress, Manila, Philippines, October 18, 2003, <http://manila.usembassy.gov/www/whr131.html>. Consultado el 4 de febrero de 2009. Ésta y todas las demás traducciones del inglés al castellano han sido realizadas por el autor (en adelante TA).

2 En un excelente artículo publicado en la revista *The New Yorker*, el historiador norteamericano Paul A. Kramer analiza el ahogamiento provocado o *water cure* practicado por la tropas norteamericanas en Filipinas a principios del siglo xx. El *water cure* puede ser considerado un antecedente histórico del *waterboarding* practicado por la administración de George W. Bush en su lucha contra el terrorismo. Ver Kramer, 2008.

como consecuencia directa o indirecta de la presencia «libertadora» de los norteamericanos en su país. Pronunciado a pocos meses del inicio del peor error en la historia de la política exterior norteamericana —la invasión de Irak—, la corta pero importante representación que hace Bush de la historia filipino-norteamericana posee un gran valor simbólico, pues borra, olvida y reescribe la historia norteamericana para esconder su pasado imperial.

Al olvidar la historia, Bush no sólo se sumó a un viejo debate sobre la naturaleza de la presencia norteamericana en las Filipinas —que es parte de una discusión más amplia sobre la naturaleza de la política exterior de aquel país—, sino que también ofreció un excelente ejemplo de la persistencia de los recursos retóricos del imperialismo estadounidense. Las palabras de Bush ante el Congreso filipino se asemejan a los argumentos utilizados cien años atrás por imperialistas como Albert J. Beveridge, Dean Worcester, Teodoro Roosevelt, Eliu Root y Leonard Wood. Como ellos, Bush identificó la presencia en las Filipinas con salvación y libertad, no con ocupación y colonialismo.

La invisibilidad del imperialismo norteamericano puede parecer un mal chiste, especialmente para sus víctimas. Sin embargo, negar que aún hoy, en el año 2009, la inmensa mayoría de los norteamericanos desconoce o no reconoce las prácticas imperialistas de sus país es un serio obstáculo para entender la complejidad política e ideológica de su sociedad. Este libro busca ser un aporte en ese sentido, analizando los debates en el Congreso de los Estados Unidos sobre el futuro de las Filipinas durante las primeras tres décadas del siglo xx. Conquistadas en 1898, las islas fueron sometidas a la asimilación benevolente ofrecida por el entonces presidente de los Estados Unidos William McKinley. Los filipinos rechazaron las buenas intenciones de sus nuevos amos y desataron una resistencia que costó miles de vidas. Aplacada esta lucha, las islas entraron en un periodo de dominio colonial estadounidense que se prolongó unas cuatro décadas. Durante ese tiempo, las Filipinas y sus habitantes fueron sujeto del escrutinio y la curiosidad de los norteamericanos, quienes querían entender el alcance y el significado de su presencia en ellas. A mediados de la década de 1940, obtuvieron su independencia y pasaron a convertirse en un socio incondicional de la política exterior de los Estados Unidos durante la guerra fría.

La invisibilidad del imperialismo norteamericano es también el origen de la historia de este libro, una historia que se inicia en San Juan de Puerto

Rico, ciudad en la que nací y crecí. A los seis años y estando la guerra de Vietnam en su punto más álgido, acompañé a mi abuelo al funeral de un vecino que había muerto peleando en tierras indochinas. Como ciudadanos norteamericanos desde 1917, los puertorriqueños fueron forzados a formar parte de la cruzada anticomunista en Vietnam. El cuerpo de nuestro vecino se encontraba en la sala de la casa de sus padres, en un ataúd de metal cerrado y cubierto por la bandera norteamericana. Yo no entendía por qué un puertorriqueño tenía que pelear en un sitio del cual nunca había oído hablar, ni por qué su ataúd debía estar cubierto con aquella bandera. Ese fue mi primer encuentro con el imperialismo norteamericano. Años más tarde descubrí la Historia y su utilidad para entender el presente, y así nació mi vocación de historiador. El estudio de la Historia me permitió contestar a mis preguntas infantiles y desarrollar una idea bastante clara de la naturaleza colonial de mi pequeño país y del carácter imperialista de la nación norteamericana. En mi inocencia e ignorancia, no podía entender por qué los estadounidenses permitían que su gobierno invadiese, bombardeara y derrocará gobiernos, incluso elegidos democráticamente. Ronald Reagan y los eventos de la década de 1980 acabaron de borrar cualquier duda de que los Estados Unidos eran un imperio. Sin embargo, seguía sin entender el andamiaje ideológico y cultural sobre el que se sustentan las prácticas, discursos e instituciones imperialistas norteamericanas. Ese ha sido el objetivo al que le he dedicado los últimos diez años de mi vida. Este libro es el resultado de esa búsqueda.

El objetivo original de mi investigación era analizar cómo el Congreso de los Estados Unidos atendió el tema de la defensa de Puerto Rico y las Filipinas. La adquisición de estas islas en 1898 alteró la situación estratégica de la nación norteamericana al convertirla en un imperio insular, cosa que entendió su liderato militar, pero no necesariamente el político. Mi interés original era examinar cómo los congresistas discutieron el significado estratégico de sus posesiones insulares y cómo ello reflejaba su concepto de raza, nación y ciudadanía. Quería también examinar cómo nociones de imperialismo, aislacionismo, militarismo y pacifismo influyeron en los debates legislativos sobre la defensa de sus colonias insulares. Quien haya realizado una investigación histórica sabe que los objetivos iniciales del investigador están, por lo general, sujetos a factores que éste no puede controlar ni prever. De ahí que innumerables proyectos terminen siendo algo muy diferente a lo que su creador originalmente vislumbró. Este libro no es

una excepción, sino la confirmación de los azares del proceso investigativo. Uno de los primeros cambios que sufrió mi proyecto fue su alcance, pues los sabios consejos de mis asesores y mentores me hicieron entender lo difícil que sería combinar Puerto Rico y las Filipinas en una investigación como la que proponía. Así es que dejé fuera Puerto Rico, el territorio que mejor conocía, y me concentré en el reto que representaban las Filipinas.

Una de la más gratas experiencias vividas durante la elaboración de este libro fue poder investigar en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos en Washington, D. C. Los cuatro meses que pasé allí han sido uno de mis periodos de mayor felicidad profesional. La Biblioteca del Congreso me puso en contacto con una cantidad impresionante de escritos, artículos de revistas, ensayos, discursos, conferencias, libros de viaje y manuales de debate sobre las Filipinas, escritos por norteamericanos en las tres primeras décadas del siglo xx. Al examinar esta importante colección me dí cuenta de que el tema de la defensa de las Filipinas era parte de uno más amplio, el de la producción de conocimiento sobre el archipiélago, lo que provocó un cambio drástico en los objetivos de mi investigación. La adquisición de las Filipinas en 1898 provocó un intenso debate en los Estados Unidos sobre el significado y las consecuencias del control colonial de las islas. La ignorancia del pueblo norteamericano en relación a su distante colonia generó una necesidad de información que fue atendida por un grupo de periodistas, viajeros, misioneros, intelectuales y oficiales coloniales y militares. Por más de treinta años estos fabricantes de verdades explicaron, representaron y describieron las Filipinas para la sociedad estadounidense. En el proceso dieron forma a un cuerpo de conocimientos, es decir, a un impresionante conjunto de imágenes e ideas que influyeron en la manera como los norteamericanos entendieron e imaginaron su colonia asiática.

Mi investigación en la Biblioteca del Congreso me hizo ver que los legisladores norteamericanos tuvieron contacto directo con el trabajo de estos escritores. Por más de tres décadas los congresistas discutieron el futuro de Filipinas como un territorio norteamericano usando las ideas e imágenes creadas por los analistas estadounidenses del llamado problema filipino. Sin embargo, los miembros del Congreso no fueron meros consumidores pasivos de este conocimiento. Por el contrario, en su búsqueda de respuestas a las múltiples preguntas que generaba el control del archipiélago, algunos legisladores produjeron una interesante variedad de relatos de

viajes, libros, entrevistas, artículos, conferencias y discursos públicos que influyeron en la imagen que de las Filipinas poseían sus conciudadanos.

Esta producción de conocimiento fue más allá de las publicaciones, charlas y discursos de algunos legisladores. Las vistas públicas, las audiencias y las discusiones en el pleno de la Cámara de Representantes y el Senado también sirvieron para que los congresistas produjeran conocimiento sobre las Filipinas y sus habitantes y reprodujeran los conceptos e imágenes creados por los comentaristas y analistas. Analizar la producción de este conocimiento y cómo interactuaron con esto los legisladores —qué reprodujeron y qué aportaron— se convirtió en el objetivo central de mi investigación y, por ende, de este libro. El cambio en mi enfoque me llevó a plantearme nuevas interrogantes: ¿Cómo entendieron y explicaron las Filipinas y a los filipinos para consumo del público norteamericano los analistas, viajeros, misioneros, periodistas y oficiales coloniales? ¿Qué ideas e imágenes usaron los legisladores para discutir las Filipinas? ¿Cómo evolucionaron éstas a lo largo de las tres primeras décadas del siglo xx? ¿Qué aportaron los congresistas norteamericanos al cuerpo de conocimiento sobre el archipiélago creado por la sociedad norteamericana? ¿Qué papel jugaron los argumentos anti-imperialistas en la producción de ese conocimiento entre los miembros del Congreso?

Propongo que en las tres primeras décadas del siglo xx se desarrollaron en el Congreso dos discursos paralelos: uno para justificar y el otro para criticar el control de las Filipinas. Los conceptos e imágenes imperialistas no monopolizaron las discusiones legislativas sobre el colonialismo norteamericano en el archipiélago. Por el contrario, los legisladores participaron en la creación del consenso ideológico-cultural que justificaba tal colonialismo como también en la elaboración de los discursos que lo cuestionaban. Ambos discursos coexistieron por más de treinta años y se nutrieron del conjunto de imágenes, ideas y estereotipos creados por viajeros, oficiales coloniales, académicos, periodistas y misioneros respecto a su lejana colonia asiática. Atender a ambas narrativas resulta esencial si se quiere obtener una visión equilibrada del desarrollo de las prácticas e instituciones coloniales norteamericanas en el archipiélago filipino. Además, permitirá entender mejor el desarrollo de los discursos imperialistas y anti-imperialistas estadounidenses en las tres primeras décadas del siglo xx.

Los congresistas contrarios a las políticas coloniales en las Filipinas veían la independencia de las islas como la única solución a los dilemas que el colonialismo significaba para un sistema político democrático y republicano como el norteamericano. Estos legisladores «anticoloniales» describieron las Filipinas como una amenaza racial, ideológica, política y estratégica para los Estados Unidos. Según ellos, el control de las islas no sólo ponía en peligro a las instituciones políticas, sino también la propia seguridad nacional. Además, los filipinos eran vistos como un virus racial porque pertenecían a una raza considerada inferior e incapaz para ejercer la democracia. Estos congresistas estaban convencidos de que el control de las islas dejaba la puerta abierta a la incorporación al sistema norteamericano —ya fuese por la concesión de la condición de estado estadidad o por la de la ciudadanía— de millones de filipinos racialmente incapaces de funcionar en un sistema político que acabarían contaminando. Afirmaban, además, que la adquisición de las Filipinas había trasladado la frontera de los Estados Unidos a miles de kilómetros al oeste y había acabado, por ende, con el aislacionismo geográfico, que había sido la base de la política exterior norteamericana desde los comienzos de la república. La adquisición de un territorio como el filipino, localizado en un área muy inestable y peligrosa, a miles de kilómetros del territorio continental norteamericano y rodeado de colonias europeas y japonesas transformó a los Estados Unidos en una potencia asiática, alterando su posición geopolítica. Para estos legisladores, la presencia norteamericana en las Filipinas dejaba las puertas abiertas a un posible conflicto con alguna de las potencias imperialistas, especialmente con Japón, y eso podría ser desastroso para los Estados Unidos, pues tendrían que pelear muy alejados de sus bases navales.

Las Filipinas no sólo eran una amenaza estratégica, sino también política e ideológica. Los congresistas que manifestaban su oposición al colonialismo en las islas argüían que el sistema democrático y republicano norteamericano estaba amenazado por el hecho de poseer y administrar una colonia en el medio de Asia. Temían que la retención de Filipinas los convirtiese en una nación militarista y destruyese sus instituciones, tradiciones y prácticas políticas. Para ellos, el colonialismo era compatible con estados monárquicos y militaristas, no con gobiernos democráticos y republicanos como el de los Estados Unidos. Tenían muy claro que, además de posibilidades económicas, el colonialismo conllevaba serias y peligrosas responsabilidades, entre ellas la defensa de las colonias. Como potencia colonial, no

tendrían otra opción que asumir la defensa de las Filipinas, y ello empujaría a la nación norteamericana del lado del militarismo, pues sería necesario construir una armada y un ejército poderosos. Ese militarismo acabaría, a su vez, con el sistema político estadounidense transformándolo en una tiranía, tal como le había ocurrido a la república romana. Este grupo de legisladores concluía que la independencia de Filipinas era necesaria para preservar las instituciones y el sistema político norteamericano protegiendo la democracia y el republicanismo, para garantizar la seguridad del país y reafirmar el aislacionismo como la base de su política exterior.

Por su parte, los congresistas simpatizantes del colonialismo en las Filipinas construyeron un discurso basado en la representación del control de las islas como una ventaja estratégica. Para ellos, la presencia norteamericana en el archipiélago era un elemento clave en la promoción y defensa de los intereses internacionales de los Estados Unidos. Gracias a la posesión de las islas, su nación era una potencia asiática y mundial. Por lo tanto, renunciar al archipiélago afectaría negativamente a la promoción y defensa de los intereses propios.

Este grupo de legisladores imperialistas eran fieles creyentes del excepcionalismo norteamericano, es decir, veían a los Estados Unidos como una nación única, racial, política y moralmente superior al resto de países del mundo. Para ellos, el gobierno norteamericano de las Filipinas era, además de una expresión de la naturaleza excepcional de su país, la confirmación de tal excepcionalidad. Estos congresistas representaban el colonialismo norteamericano como una empresa ilustrada, como un nuevo tipo de colonialismo altruista, que estaba democratizando y civilizando las Filipinas, sin buscar en ellas beneficio económico alguno, sino tan sólo el bienestar de sus súbditos asiáticos. Su control de las islas no era colonial, sino parte de un generoso proceso de creación nacional, cuyo objetivo era ayudar a los filipinos a superar su heterogeneidad cultural y lingüística y a convertirse en una nación. Este grupo de congresistas consideraban que el colonialismo norteamericano era un prerrequisito para la independencia del archipiélago, pues estaban convencidos de que los filipinos sólo podrían alcanzar la soberanía a través del entrenamiento y la guía desinteresada de los norteamericanos. De esta forma, escondían el imperialismo tras una imagen de generosidad y auto-sacrificio y salvaguardaban la representación

de los Estados Unidos como un país intrínsecamente inocente y bondadoso, cuyas acciones estaban guiadas por las más nobles intenciones.

Ambos discursos convivieron durante más de treinta años de debate legislativo sobre el futuro de Filipinas. Analizarlos es la razón de ser de este libro, pero antes de embarcarnos en esa misión es necesario que aclaremos algunos puntos de carácter historiográfico.

La conquista y control de las Filipinas es uno de los casos más fuertes y tristes de la amnesia imperial norteamericana. Prueba de ello es la poca o ninguna atención que la historiografía de ese país ha prestado a su «aventura» colonial en el archipiélago. Más de cuarenta años de presencia colonial estadounidense en las islas han sido olvidados o minimizados, y con ello los historiadores norteamericanos —sobre todo los estudiosos de las relaciones exteriores de su país— han contribuido al desarrollo de lo que el intelectual filipino Oscar Campomanes denomina «la desaparición del imperialismo de los Estados Unidos».³ Ignorando este colonialismo en aquellas islas, los historiadores han ayudado a mantener la tradicional invisibilidad del imperialismo norteamericano.⁴ Al analizar los discursos de los congresistas acerca de las Filipinas este estudio busca contribuir no sólo a un mejor entendimiento de la complejidad de dicho imperialismo, sino también a superar los viejos enfoques sobre el mismo, considerándolo como algo de poca importancia «para la historia de la construcción nacional-imperial norteamericana, por lo tanto, estimado poco memorable o insignificante».⁵

La historiografía sobre las relaciones exteriores de los Estados Unidos ha explicado su imperialismo como el producto de elementos económicos, ideológicos, militares y políticos.⁶ Buena parte de los historiadores de aquel país han sido víctimas de lo que la intelectual norteamericana Amy Kaplan identifica como «la ausencia de la cultura en la historia en el estudio del imperialismo».⁷ Al enfocar en los discursos de los congresistas sobre las Filipinas la intersección de factores ideológicos, políticos, culturales, raciales y estratégicos, pretendo hacer un aporte a las corrientes historiográficas recientes que buscan superar no sólo la ausencia de la cultura en el estudio de las prácticas imperialistas norteamericanas, sino también

3 Campomanes, 1997, 538; TA.

4 Sobre la invisibilidad del imperialismo norteamericano, ver Kaplan, 1993.

5 Campomanes, 1995, 153; TA.

6 Véanse Healy, 1970; May, 1968, y LaFeber, 1963.

7 Kaplan, 1993, 11.

rescatar del olvido este experimento en las Filipinas y resaltarlo como un elemento clave en el desarrollo de dicho imperialismo.⁸

La historiografía norteamericana ha utilizado factores económicos y regionales para explicar las actitudes de los miembros del Congreso en relación no sólo a las Filipinas, sino a una multiplicidad de temas. Es por ello que historiadores, políticos y diplomáticos han caracterizado a los legisladores estadounidenses como «políticos provinciales que estaban más preocupados de asegurar el apoyo del sector económico más fuerte entre sus electores» que de responder a los intereses nacionales.⁹ Uno de los principales objetivos de este libro es ir más allá de este acercamiento, analizando el desarrollo de los discursos legislativos como parte de una interacción cultural, ideológica y estratégica, y no necesariamente de líneas partidistas o económicas. Aunque reconozco el peso y la influencia de factores políticos y regionales en las actitudes de los legisladores estadounidenses, no creo que sean las únicas fuerzas que influyen sobre su pensamiento y conducta. Propongo que, incluso aquellos congresistas que eran acérrimos defensores de la independencia filipina por causas económicas y regionales, no podían justificar sus posiciones usando exclusivamente argumentos económicos. En efecto, tuvieron que recurrir a imágenes e ideas estratégicas, culturales, ideológicas y raciales, creadas por ellos mismos o por los analistas norteamericanos del problema filipino. Ir más allá de las tradicionales explicaciones de la conducta y acciones de los legisladores norteamericanos en términos políticos, ideológicos o regionales, es decir, por su afiliación partidista (demócratas o republicanos), ideológica (liberales o conservadores) o por su origen geográfico (nortños o sureños), permitirá ver cómo la discusión legislativa del tema de las Filipinas reflejaba las ideas de los congresistas acerca de la historia, el sistema político, las relaciones raciales y el rol internacional de su país.

Uno de los principales objetivos de este libro es incorporar la rama legislativa del gobierno de los Estados Unidos al análisis del imperialismo norteamericano. La historiografía sobre este tema se ha concentrado en la rama ejecutiva del gobierno (el presidente, los secretarios de Estado, la Marina, etc.) y ha desatendido el papel que la rama legislativa (el Congreso) ha jugado en el desarrollo de las prácticas, discursos e instituciones

⁸ Ver Kramer, 2006, y Go, 2008.

⁹ Zelizer, 2000, 309; TA.

imperialistas de aquel país. De este modo, ha perdido de vista el papel protagonista y la influencia que el Congreso ha desempeñado en el desarrollo del imperialismo estadounidense, sobre todo en la primera mitad del siglo xx. Tal influencia emana de dos fuentes: los llamados «casos insulares» y los poderes constitucionales que posee el Congreso.

En 1901, el Tribunal Supremo —la máxima autoridad judicial— definió y limitó el poder del Congreso sobre los territorios adquiridos en la guerra hispano-cubano-norteamericana. En una serie de decisiones conocidas colectivamente como los casos insulares, el Tribunal Supremo concluyó que las nuevas posesiones eran territorios «no incorporados» y, por lo tanto, que el Congreso tenía (y tiene) el poder de decidir qué elementos de la constitución norteamericana pueden ser aplicados a sus habitantes.¹⁰ En otras palabras, el Congreso tiene poderes plenos sobre todo territorio o propiedad de los Estados Unidos. El Tribunal Supremo decidió que la transformación de las Filipinas y Puerto Rico en posesiones estadounidenses no conllevaba la aplicación automática de la Carta Magna a sus habitantes y que, por ende, era el Congreso, y no el presidente, el que tenía la última palabra sobre el futuro de estos territorios y sus habitantes, que pertenecen pero no son parte de los Estados Unidos.

Los poderes que la Constitución le reconoce al Congreso son otra fuente de influencia de los legisladores estadounidenses sobre el desarrollo de las políticas imperialistas de su país. Según dicha constitución, el Congreso tiene la última palabra sobre el presupuesto nacional y la asignación de fondos del gobierno federal, lo que significa que son los legisladores quienes analizan, modifican y aprueban el presupuesto preparado por el poder ejecutivo. En otras palabras, desde el despliegue de un batallón de marines en Haití hasta la construcción de una corte federal en San Juan, es el Congreso el que decide cómo es usado el dinero del gobierno federal en sus colonias formales e informales. Este poder convirtió a la rama legislativa en la fuerza de mayor influencia en el desarrollo de las políticas imperiales estadounidenses en la primera mitad del siglo xx.

Por último, es necesario subrayar que además de su innegable peso legal, político y económico, el Congreso también ejerció una importan-

10 Esta decisión estaba basada en una interpretación del Artículo 4 § 3 de la Constitución de los Estados Unidos que establece que «el Congreso podrá disponer de, o promulgar todas las reglas y reglamentos necesarios en relación con el territorio o cualquier propiedad perteneciente a los Estados Unidos». Álvarez Silva, 1978, 85.

te influencia ideológica y cultural sobre el desarrollo del imperialismo norteamericano. Durante más de treinta años (1898-1934) el Congreso discutió el futuro de la más controvertida de las colonias estadounidenses. Muy alejadas de su esfera tradicional de poder, demasiado cercanas a la competencia imperialista por los recursos y mercados asiáticos y habitadas por una población numerosa y cultural y lingüísticamente muy heterogénea, las Filipinas fueron un tema de discusión parlamentaria casi continuo en las primeras décadas del siglo xx. El análisis de tales discusiones ofrece una importante oportunidad para entender el papel que jugó el Congreso en el desarrollo de los discursos y de la invisibilidad del imperialismo norteamericano.

De los seis capítulos de este libro, en los dos primeros se analiza el desarrollo del cuerpo de conocimiento creado por analistas, viajeros, misioneros y periodistas sobre Filipinas y los filipinos a partir de 1898. Mi objetivo es identificar las ideas, estereotipos e imágenes que caracterizaron el trabajo de decenas de escritores norteamericanos que se dedicaron a describir y analizar las Filipinas para sus conciudadanos. Esto me servirá de base para determinar luego qué copiaron y qué aportaron los legisladores a la producción de conocimiento sobre los filipinos. En el tercer capítulo analizo la relación entre el Congreso y el tema filipino, estudiando cómo los congresistas se incorporaron al debate sobre Filipinas, identificando los factores que influyeron en su interés por las islas y definiendo los rasgos de sus discursos sobre ellas. Además, centro la mirada en un grupo de legisladores que se integraron de forma directa en la creación de conocimientos sobre las islas y la relación existente entre el crecimiento de la Marina de Guerra norteamericana y el control del archipiélago. De los capítulos cuarto y quinto, en el primero abordo el desarrollo, entre 1910 y 1924, de un discurso legislativo que rechazaba el control de Filipinas presentándolas como una amenaza racial, estratégica, política e ideológica para los Estados Unidos; mientras que en el segundo trato de su envés, esto es, del desarrollo de una narrativa legislativa que justificaba el control de la islas, describiéndolo como una empresa civilizadora y democratizadora, como experimento de creación nacional (*nation-making process*). Por último, en el capítulo sexto examino el periodo comprendido entre 1924 y 1934 y, en especial, el efecto de la Gran Depresión en el debate sobre el futuro de las Filipinas y los cambios que registró la representación de las islas en el Congreso. Asimismo, al final del libro se incluyen dos apéndices en los que se recogen algunas de las

obras escritas en los Estados Unidos sobre las Filipinas entre 1900 y 1934, y que creo que pueden ser útiles para aquellos que se interesen en el estudio del colonialismo norteamericano en las Filipinas.

Las ideas y propuestas de este libro son el resultado de un periodo de más de diez años de estudio de las contradicciones entre el discurso y el comportamiento político de los Estados Unidos. Ha sido un proceso muchas veces duro, que me llevó a buscar respuestas a mis interrogantes en los pasillos de la Universidad de Puerto Rico, en los inviernos de Long Island, en la hermosura de la Biblioteca del Congreso, en el tráfico infernal de Manila, y culminó en los días grises de Lima, mi ciudad adoptiva. He aquí el resultado de esa búsqueda, por lo que espero que resulte una obra útil para aquellos que comparten mis inquietudes y que, sobre todo, ayude a fomentar la discusión de la naturaleza imperialista de los Estados Unidos de América en el mundo hispanoparlante.